

40 ANIVERSARIO DE LA DIÓCESIS DE HOLGUÍN

Homilía de s.e. Mons. Emilio Aranguren Echeverría, obispo de Holguín

Misa celebrada en la S.I. Catedral de San Isidoro en la Solemnidad de la Ascensión del Señor, 2 de junio de 2019

Querido Mons. Héctor Luis Peña Gómez, primer obispo de Holguín.

Queridos hermanos y amigos que participan en esta celebración eucarística:

Hace diez años, con ocasión del 30º aniversario de haber sido creada nuestra Diócesis, por el hoy San Juan Pablo II (cuya imagen en el atrio de esta Catedral guarda ese recuerdo) les dirigí una carta con un sencillo título: “Memoria y Tarea”. En ella transcribí un párrafo de la libreta de notas personales del Dr. Bernardo Fernández Velázquez, laico fiel de esta comunidad cristiana. Dice así:

“En una impresionante ceremonia, hoy, a las 5.30 de la tarde, el queridísimo arzobispo de Stgo. de Cuba (S.E. Mons. Pedro Meurice), hizo entrega al también querido obispo, Mons. Héctor Luis Peña, del báculo, signo del traspaso de la autoridad apostólica, al primer obispo titular de la nueva diócesis.

La ya Catedral de San Isidoro se vio colmada de una compacta muchedumbre, que oraba, cantaba y aplaudía delirantemente. En la sede todos los obispos de Cuba, sacerdotes de las dos diócesis y el encargado de negocios de la Santa Sede, Mons. Giuseppe Lazzarotto, y representantes del gobierno redondearon el universalismo de la Iglesia fundada por el Hijo de Dios, Jesús de Nazareth”.

El Papa Juan Pablo II había sido elegido como 264 sucesor de San Pedro tan sólo hacía 80 días (16 de octubre de 1978) y con la Bula Pontificia titulada “*Omnium Ecclesiarum sollicitudo*” erigió esta nueva Diócesis (la 7ª de Cuba), con territorio segregado de la Arquidiócesis de Santiago de Cuba, nombrando como primer Obispo a Mons. Peña y elevando este templo de San Isidoro al rango de Santa Iglesia Catedral.

La publicación de esta Bula tiene fecha 8 de enero de 1979 y, pocos días después, el propio Mons. Peña, acompañado del P. Arnaldo Aldama en representación de los sacerdotes diocesanos cubanos, viajaron a Puebla de los Ángeles en México, para participar en la 3ª Asamblea del Episcopado de América Latina y El Caribe².

A su regreso les correspondió decir: “manos a la obra” y, por eso, prepararon la celebración eligiendo como fecha la Solemnidad de la Ascensión del Señor que, en ese año, correspondió al 27 de mayo. Lo importante era destacar que, en su despedida, Jesús Resucitado -el Señor- encomendó a los Apóstoles la misión de ser sus testigos -como explica San Lucas en el texto proclamado- e ir a todos los pueblos para anunciar el Evangelio a todas las criaturas y bautizarlas en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, como lo explicita San Mateo (cf. Mt.28,20).

Como cubanos debemos ubicarnos en el año 1979. Basta solamente señalar que, había sido en 1903 y 1912, respectivamente, que fueron creadas las Diócesis de Cienfuegos y Pinar del Río, primero, y Camagüey y Matanzas, después. Pasaron seis décadas y, en un momento climático por la orientación ideológica marxista-leninista establecida en la revisión de la Constitución de 1976, estar en disposición de fundar una nueva Iglesia particular tuvo que haber sido una aventura que, además de fe, requería audacia, ya que se contaba con una realidad eclesial pobre en su infraestructura: tan solo un puñado de nueve sacerdotes³, tres religiosas Misioneras de la Inmaculada Concepción (MIC), una Hermana Social (externa), dos miembros del Instituto Secular de Oblatas de María Inmaculada (OMMI) y un grupo de laicos que no hay por qué acudir al aspecto cuantitativo, sino resaltar y agradecer lo propiamente cualitativo que se sintetiza diciendo “laicos fieles”, al definir la integración de la fidelidad a Dios, el testimonio de la coherencia entre la fe y la vida, y una firme identidad fundamentada en su amor a la Iglesia.

Por ello, tan solo recordando este momento, quiero resaltar dos expresiones que hemos escuchado en la segunda lectura del Libro de los Hechos de los Apóstoles:

- “*El Espíritu Santo vendrá sobre ustedes y recibirán su fuerza para que sean mis testigos... hasta los confines de la tierra*” (Hech. 1,8)
- “*¿Por qué se han quedado plantados mirando al cielo?*” (Hech. 1,11)

¹ Apuntes personales ofrecidos por la Sra. María Josefa Chelala Vda. del Dr. Bernardo Fernández.

² La delegación de Cuba estaba integrada por Mons. Francisco Oves Fernández, Arzobispo de La Habana; Mons. José M. Domínguez Rodríguez, Obispo de Matanzas y Mons. Héctor Luis Peña Gómez, Obispo electo de Holguín. Además, el P. Arnaldo Aldama Monserrat, Fr. Marciano García OCD, Sor Fara González HC y la Srta. Laura María Fernández Gómez.

³ Referencia a la carta de Mons. Aranguren con fecha 24 de mayo de 2009 donde presenta la tabla con los nombres de los agentes pastorales presentes en el momento fundacional de la Diócesis.

Con toda claridad Jesús les encomendó a los Apóstoles UNA MISIÓN que conlleva UNA TAREA. Por eso, anteriormente dije que los fundadores de esta Iglesia particular de Holguín, hace 40 años, aceptaron la misión y la tarea, diciendo: “Manos a la obra”.

Queridos hermanos: ¡Demostremos gracias a Dios porque así ha sido! y, por ello, pidámosle a Dios por cada uno de los que entonces estaban y hoy no están en esta vida. Seguro estoy que el Señor de la Vida (con mayúscula) los ha recibido en la Eternidad con la profunda y hermosa expresión de acogida y esperanza que Él mis prometió: “*Ven, siervo bueno y fiel, EN LO POCO HAS SIDO FIEL, pasa al Banquete de tu Señor*” (Mt. 25,51)

La homilía -insiste el Papa- no es para hacer historia, por eso insisto en que, en este Año de Gratitud, no nos centremos ni contentemos en hablar de personas, sino en lo que estamos llamados a hacer -y estamos haciendo- que es tomar conciencia y destacar lo que Dios ha actuado y lo que Dios está actuando en nosotros y por nosotros.

Si nos remontamos a la década de 1980, es decir, cuando la Diócesis estaba dando sus primeros pasos, con prontitud alguien dice: “fue cuando hicimos la REC (Reflexión Eclesial Cubana)”. Esa es la mirada de quien hace historia y se centra en un acontecimiento. Vayamos a la vida y citemos actitudes y comportamientos comunes que hoy, pasadas varias décadas, descubrimos que así los vivimos, porque Dios nos bendecía con su gracia y nosotros, aún sin mucha conciencia de ello, estábamos correspondiéndole. Cito, por ejemplo:

- Éramos caritativos y fraternos y no conocíamos qué era Cáritas.
- Visitábamos a los presos y estábamos al tanto de ellos, también a las unidades militares y a los hospitales y nadie sabía lo que era Justicia y Paz.
- Nos encontrábamos, viajábamos en tren o lo que encontráramos, llevábamos algo para comer en el maletín y compartíamos lo poco, sin estar a expensas de lo que pudieran aportar las agencias de ayuda.
- Estábamos al tanto los unos de los otros para apoyarnos y ayudarnos, sostenernos y fortalecernos.

Y así crecimos, y así muchos fundaron familias y otros dieron su “sí” al llamado vocacional, y así nos recordamos, y así nos queremos, no con un sentido de identidad afectiva (como hoy se renueva en Facebook con los grupos de amigos), sino con sentido de identidad eclesial.

Esta experiencia de fraternidad sustentada e integrada en la identidad cristiana y eclesial fue lo que suscitó y acompañó la preparación y celebración del Encuentro Nacional Eclesial Cubano, en el que la joven Diócesis de Holguín estuvo representada por su obispo y un total de 15 delegados, entre sacerdotes, religioso y laicos⁴.

Fruto del ENEC, llamado por el Cardenal Eduardo Pironio como “Pentecostés cubano”, se abrieron las puertas de los templos y de los corazones -después de 25 años de retraimiento- para anunciar a Jesús de Nazareth, hijo de Dios e hijo de María. Y, en esta Diócesis, con prontitud, se generaron dos experiencias: una, en 1987, por iniciativa local, la imagen de la Virgen Peregrina salió a visitar a las comunidades de la Diócesis, con lo que ello conllevó de ánimo, renovación, alegría por la expresión de la fe. También, como parte de un programa nacional, fue recibida la Cruz Peregrina que preparaba la celebración del V Centenario de Evangelización de nuestro Continente, que tendría su celebración central en Santo Domingo, República Dominicana, el 12 de octubre de 1992, con la apertura de la 4ª Asamblea de los Obispos de América Latina y El Caribe, también presidida por el Papa Juan Pablo II.

En esa ‘salida’ nos acercamos nuevamente para tocar al hombre cubano en su realidad que, a su vez, en muchas de sus familias experimentaba las consecuencias de la emigración de varios de sus miembros. En un mensaje los obispos lo definieron como un hombre desarraigado, desalentado y frágil.

Así se inició la década del 90 que, entre nosotros, estuvo marcada por el llamado “Período Especial”. En ese momento, los Obispos consideramos oportuno escribir la Carta Pastoral “El Amor todo lo espera” para iluminar, a partir de las enseñanzas de Jesús en el Evangelio y de la Doctrina Social de la Iglesia, la vida cotidiana de nuestro pueblo. Poco antes, nuevamente como fruto de una revisión, la Constitución fue

⁴ Delegados de la Diócesis de Holguín al ENEC: P. Arnaldo Aldama, P. José Álvarez, P. Santiago Matheu, Hnito. Humberto Paul-Hazard HJ, Mirtha Montero OMMI, Sergio Torralbas, Manuel Martínez, Luis Portelles y Luis Céspedes (Holguín), Carlos Ávila, Josefina Fernández y Mercedes García (Tunas), Ney Hernández y José Pérez (Cueto) y Nancy Carbonell (Jobabo). Correspondió a esta delegación presentar el informe sobre el tema pastoral que serviría de base para la reflexión en grupos. Este trabajo estuvo coordinado y fue presentado por el P. José Álvarez Batista con la participación del P. Arnaldo Aldama, Mirtha Montero OMMI y Luis Portelles Méndez.

revisada y se nuevamente se reconoció la vigencia de un Estado laico, como recientemente se ha ratificado.

En esos años y, poco después, en la preparación y visita pastoral del Papa Juan Pablo II, el ambiente propicio dejado por el ENEC afrontó las consecuencias de un sencillo proceso en el que la Iglesia tuvo la oportunidad de organizar nuevas instituciones afines a su misión evangelizadora: creación de una nueva arquidiócesis y tres nuevas diócesis, la institución de Cáritas, de Centros de Formación y Bibliotecas, Publicaciones, Comisiones Nacionales para responder a acciones pastorales puntuales, así como la posibilidad de enviar seminaristas al extranjero, participar en eventos eclesiales internacionales, recibir apoyo financiero de Organismos católicos y, a su vez, tener la linda experiencia de acoger a misioneros y misioneras dispuestos a vivir con nosotros la hermosa tarea de hacer presente y actuante el Reino de Dios.

De esta forma iniciamos el nuevo Siglo y el nuevo Milenio, en relación a las dos primeras décadas de historia diocesana, ahora se miraba más la organización y crecimiento de la misma estructura eclesial que la experiencia de la vitalidad fraterna y misionera en nuestras comunidades. Un signo de ello es que, a la vez que experimentamos el gozo de nuevas ordenaciones sacerdotales, también sentimos que varios de los neo-sacerdotes -al igual que tantos jóvenes cubanos- decidieran salir del país para ejercer su ministerio en otras tierras. Quienes hemos permanecido, día a día, en el “aquí y ahora” de nuestra Iglesia y de nuestro pueblo, así nos dispusimos a recibir al Papa Benedicto XVI en el 2012 y también fuimos capaces de asumir con madurez eclesial la responsabilidad requerida para acoger en nuestra Diócesis al Papa Francisco, compartir con él la Eucaristía, acompañarlo por las calles de nuestra ciudad, traerlo a esta Catedral y, después de un encuentro fraterno y familiar en nuestra casa-obispado, subir con él a la Loma de la Cruz para que bendijera a la ciudad y a todo el territorio diocesano incluyendo a las comunidades de las nueve parroquias tuneras.

Ese histórico día 21 de septiembre de 2015, al terminar la Misa en la Plaza “Calixto García”, le dije al Papa: *“Santo Padre: nuestra Iglesia (diocesana) está convencida de que el Evangelio puede hacer que cada cubano tenga un rostro más bondadoso, ya que la fe en Jesucristo alimenta la vivencia de la virtud. Esta misión la vivimos en medio de un pueblo que, en diferentes etapas ha experimentado prejuicios y discordias. En esta realidad nos corresponde ser “signo de unidad, de concordia y de paz”. Nuestra Iglesia, en el silencio de la cotidianidad, ha ido fortaleciendo su propia espiritualidad sustentada en cuatro claves del Reino: el valor de lo poco, lo pequeño, lo anónimo y lo gradual”*.

Queridos todos: ¡esto es verdad y esto es historia! No lo es gracias a nosotros -a nuestras personas- sino gracias a Dios, porque Él nos ha bendecido con la fuerza del Espíritu para ser fieles y conservar lo que el Papa Francisco nos exhorta a vivir: “la alegría del Evangelio”. Por eso, hoy, damos gracias, porque Dios ha permanecido fiel (cf. 2 Tim. 2,13) y, como fruto de este Año de Gratitude, miramos y proyectamos el futuro convencidos de que lo seguirá siendo.

Sí, queridos hermanos venidos de muchas de las comunidades de la Diócesis y de otras provincias - incluyendo a otros tantos que nos han escrito diciendo que hoy están aquí con nosotros-, en esta celebración compartimos la amistad, la fraternidad, el gozo de lo que hemos sido y de lo que somos, que rezamos y cantamos, que hacemos memoria y sonreímos, que ofrecemos muchas cosas que, al igual que la Virgen, conservamos en el silencio de nuestro corazón; también pedimos perdón a nuestro Dios rico en misericordia. Hoy, todos renovamos nuestra vocación bautismal que hace que amemos al Señor, al prójimo y a la Iglesia y, por tanto, renovamos nuestra vocación discipular y misionera. Por eso, miremos hacia el 2029 y preguntémosnos:

¿Cómo queremos que sea nuestra Iglesia Diocesana cuando cumpla sus Bodas de Oro?

Queridos hermanos, el tiempo es de Dios. El Señor es el Principio y el Fin, Él es el Señor de la Historia y, debido a ello, decimos: “Si Dios quiere” o “Dios mediante”. Muchos de los que estamos aquí congregados, también estaremos -o estarán- cuando celebremos los 50 años de nuestra querida Diócesis dentro de diez años.

Tengamos en cuenta algo muy importante: cuando miramos el pasado, muchas veces echamos la culpa a otros; pero del futuro somos nosotros los responsables. Por eso, porque hablamos del futuro, desde hoy quiero dejar en la memoria de los que entonces celebren esta fiesta, una pregunta para que la hagan en voz alta en la celebración jubilar de ese día:

¿Qué hicimos o qué dejamos de hacer en estos diez años -del 2019 al 2029- para que hoy (entonces) seamos lo que somos (seremos)?

Queridos jóvenes, tengan en cuenta que, dentro de este Año de Gratitude, se celebró el Sínodo del que emergió la Exhortación del Papa Francisco ¡Cristo vive!, dedicada especialmente a ustedes. También se celebró la JMJ en Panamá y se avecina la JNJ en Santiago de Cuba. Indudablemente que, en estos

próximos diez años, ustedes están llamados a ser protagonistas y, a su vez, que nosotros -los adultos- les demos el espacio y la confianza que el Papa nos anima a brindarles. ¡Ánimo, vayan adelante!

Quisiera terminar haciendo alusión a la primera lectura del profeta Isaías que hemos escuchado. El mensaje profético concluye con una invitación: **¡Vengan, caminemos a la luz del Señor!**” (Is. 2,5). Este ha sido el lema escogido para este Año de Gratitud. Fijémonos en el contenido de la visión que él tuvo sobre el futuro de su pueblo ocho siglos antes de Jesucristo:

Pueblos numerosos caminarán hacia el Señor, para que Él sea quien los instruya en sus caminos y nosotros caminemos por sus sendas. El Señor traerá una nueva ley, cambiará el corazón del hombre y el corazón del pueblo, de tal modo que “con las espadas se forjarán arados y con las lanzas, tijeras de podar. Ninguna nación alzará la espada contra otra ni se ejercerá para la guerra”.

Queridos sacerdotes y diáconos, hermanos y hermanas que han consagrado sus vidas en la vida religiosa, queridos fieles laicos, al igual que hace cuarenta años, hoy tenemos una tarea que llevar adelante: ¡manos a la obra!

La Solemnidad de la Ascensión -que marca para siempre el inicio de nuestra Diócesis- nos recuerda y motiva a que renovemos nuestra fe en el misterio de la vida, ya que, al final de la historia personal de cada uno de nosotros, llegaremos al cielo y nos encontraremos con Dios nuestro Padre para toda la eternidad. Ese día se hará plenitud el encuentro paterno-filial que se inició cuando fuimos engendrados por nuestros padres y, de modo pleno, el día de nuestro Bautismo. ¡Caminamos en este mundo con esta esperanza!

Nos tenemos que ayudar los unos a los otros para alcanzar esta meta. Esta es la plenitud del Reino de Dios que ya es realidad entre nosotros, pero que también es tarea nuestra llevarlo a su plenitud.

Con esta celebración no clausuramos el Año de Gratitud, sino que lo continuamos hasta el 21 de septiembre, al celebrar el 4º aniversario de la visita del Papa a nuestra Diócesis, de acuerdo al programa previsto. Tenemos que proyectar el futuro entre todos y, como mensaje de confianza y ánimo concluyo con una enseñanza muy cercana y una doble certeza en la fe que compartimos:

- **La enseñanza cercana** es mirar los rostros, valorar la vida y escuchar a quienes hace 40 años fundaron esta Diócesis y que tenemos entre nosotros en esta Iglesia Catedral, en nuestras comunidades o en otra parte de Cuba o el extranjero. Ante cada uno de ellos tengamos un sentimiento de reverencia y gratitud. Ellos sonríen y nos dicen: ¡Manos a la obra!

- **Primera certeza:** No vamos solos. Santa María de la Caridad, cuya imagen fue acogida en Nipe y traída a Barajagua, después de 407 años sigue haciendo camino con nosotros. Ella, la Madre del Amor, fue también la Virgen del Amén y, hasta nuestro encuentro definitivo con su Hijo, seguirá siendo Nuestra Señora de la Esperanza.

- **Segunda certeza:** ¡Dios es fiel! y nunca le falla a su pueblo. Por eso, tenemos y contamos con su Espíritu y, con Él, en el ya cercano Pentecostés, seguiremos haciendo historia e Historia de Salvación porque “caminamos a la Luz del Señor”. ¡Ánimo! hoy estamos soñando y construyendo el futuro, por eso, no nos podemos quedar plantados mirando al cielo: ¡Manos a la obra!

Amén.